

ro de un nada holgado marco de propaganda/difusión y poseedor de un precario vínculo con las ciencias islámicas.

RUBÉN CHUAQUI

T. G. H. James, *Pharaoh's People. Scenes from Life in Imperial Egypt*, Londres, The Bodley Head-University of Chicago Press, 1984, 282 pp.

En relación con los datos que aportan las distintas fuentes para la historia del Egipto faraónico, algún egiptólogo escribe que "al leer las exposiciones cronológicas de hechos y gestas, uno tiene la impresión de que el pueblo común no tiene historia".¹ Tal vacío, sin embargo, ha sido cubierto hasta cierto punto por distintas obras que se han elaborado para mostrar la historia social del Egipto antiguo, más que las escuetas relaciones de hechos políticos y militares o, en general, todos aquellos acontecimientos que conforman la llamada "historia de acontecimientos" (o *historizante* o *événementialiste*).² Y si bien no se ha destacado plenamente el papel jugado por las masas populares en la historia del Egipto faraónico, al menos sí se tienen datos sobre las formas de producción y reproducción de la vida material de la sociedad egipcia antigua. En esta vertiente, obras diversas han contribuido a tal conocimiento: la de Wilkinson de 1837 (*The Manners and Customs of the Ancient Egyptians*, 3 v., Londres); Erman, 1886 (*Aegypten*. En inglés, *Life in Ancient Egypt*, Londres, 1894); Maspero, 1890 (*Au temps de Ramses et d'Assourbanipal. Egypte et Assyrie anciennes*, París); Montet, 1925 (*Les scènes de la vie privée dans les tombeaux égyptiens de l'Ancien Empire*, Estrasburgo); Dykmans, 1936-1937 (*Histoire économique et sociale de l'ancienne Egypte*, 3 v., París); Montet, 1946 (*La vie quotidienne en Egypte au temps des Ramses*,

¹ Georges Posener, "Histoire et Egypte ancienne", *Annales. Economies Sociétés Civilisations*, París, año 17, 4, julio-agosto de 1962: 641.

² Sobre este punto, criticado por la "nouvelle histoire" francesa de los *Annales*, se ha escrito mucho. Al respecto, véanse las reflexiones de Fernand Braudel sobre el estudio "válido" de hechos de este tipo en su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 v., 2a. ed., trad. de M. Monteforte et al., Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, (Sección de Obras de Historia): II, 335-337.

XIII^e-XII^e siècles avant J. C., París); Della Monica, 1975 (*La classe ouvrière sous les pharaons*, París); Menu, 1982 (*Recherches sur l'histoire juridique, économique et sociale de l'ancienne Egypte*, Versailles). Uno de los intentos más serios por modificar la visión tradicional de la historia de Egipto es la obra de Trigger *et al.*, *Ancient Egypt. A Social History*, publicada en 1983 (ed. española, *Historia del Egipto antiguo*, Barcelona, 1985).

A la serie de textos que mencionamos se incorpora la obra de James, quien es conservador de antigüedades egipcias del Museo Británico. Sin embargo, no es su libro un trabajo monumental como los de Wilkinson o Erman, o de carácter general como el clásico de Dykmans o los más recientes de Menu y Trigger *et al.* En cambio, esta obra se refiere sobre todo a la época del Reino Nuevo (dinastías XVII-XX, ca. 1554-1080 a.C., según cronología del propio James) y el autor estudia diversos aspectos de la historia social y económica de la época aplicando un método tradicional dentro de la egiptología, el análisis tanto de las fuentes escritas como de las fuentes plásticas. No debe esperarse que este libro contenga testimonios nuevos o inéditos. En realidad, James reinterpreta, reutiliza y a veces traduce fuentes ya conocidas, algunas estudiadas incluso por él mismo, como las cartas de Hekanakhte (1962). O bien recurre al testimonio gráfico ya conocido, contenido en las tumbas de Rekhmire o de Paheri (Reino Nuevo), entre otras. Y desde luego, retoma datos de la cantera inagotable de testimonios de Deir el-Medina.

Así, no hay realmente datos nuevos en su obra, pero el gran interés de su libro radica precisamente en “actualizar” o, mejor, volver a insistir en la necesidad de realizar el estudio de la historia social del Egipto faraónico, una historia desde nuevas perspectivas. Por otra parte, el autor presenta algunos tópicos a los que es válido retornar en vista de su importancia y a pesar de que se han discutido ya: pensamos en los temas que introduce el autor en el capítulo final de la obra, el que versa sobre la “economía doméstica” del Egipto antiguo.

El texto presenta una introducción, nueve capítulos, una breve cronología y una bibliografía realmente “selecta”. Luego de señalar las precauciones que deben tenerse con la literatura “propagandística”³ y oficial del Egipto antiguo utilizada como fuente histórica,

³ Al respecto de la “propaganda”, cf. el artículo de William K. Simpson, “Egyptian sculpture and two dimensional representation as propaganda”, *Journal of Egyptian Archaeology*, Londres, LXVIII: 266-271.

concluye: "En general, parece cierto que la confiabilidad de un texto histórico egipcio depende en gran parte del grado del éxito que acompaña a los acontecimientos relatados..." (p. 27). Además, señala el peligro de extender a toda la historia del Egipto antiguo un testimonio parcial y concreto como, por ejemplo, el que se obtiene en Deir el-Medina, válido tan sólo para su momento y su entorno particulares (en contra de la opinión de Della Monica).⁴

Después de este primer capítulo, el autor pasa a tratar su tema central. El subtítulo de "escenas de vida" le permite hablar con cierto detenimiento del "vizir y su papel" (capítulo 2) de la formación y funciones del escriba (capítulos 5 y 6). En cambio, poco nos dice acerca de la vida de los agricultores y de los artesanos (capítulos 4 y 7), de los cuales nos habla más de su forma de trabajar que de su manera de vivir, si bien como hemos dicho el título y subtítulo de su obra lo ponen a salvo de esta crítica.

El capítulo 8, en cambio, retoma lo poco que se sabe sobre las formas de habitación de los grupos de dirigentes y trabajadores y proporciona datos ya conocidos en relación con Deir el-Medina para estos últimos. Llama la atención que la bibliografía de este capítulo no incluya reportes de excavaciones recientes de sitios habitacionales en Egipto, trabajos que por lo demás no parecen ser muy favorecidos por las expediciones arqueológicas en la zona.⁵

Mención aparte requiere el muy interesante capítulo 9, la "Economía doméstica" del Egipto faraónico. ¿Existieron comerciantes privados en el Egipto faraónico? ¿Se conoció una moneda? Estos problemas, discutidos por el autor, no pueden tener una respuesta totalmente segura.⁶ Como James menciona, las fuentes al respecto no permiten llegar a tener un conocimiento más preciso, pero son interesantes las inferencias que pueden realizarse sobre las escenas de trueque de las tumbas de Khnumhotpe y Niankhkhnum (dinastía V, ca. 2360 a.C.), con base en las cuales se analiza el posible significado práctico del *shat* del Reino Antiguo y el *snw* del Reino Nuevo, mencionado por Janssen, que es un objeto de plata que sirve para expresar el valor de un artículo por comparación con aquél. Cabe mencionar que el *deben* era el correspondiente patrón de cobre y

⁴ De su obra citada, véase la introducción. Pero Jac. Janssen (*Commodity Prices from the Ramesid Period. An Economic Study of the Village of Necropolis Workmen at Thebes*, Leiden; E. J. Brill, 1975) concuerda con la opinión de James.

⁵ Al respecto de algunos de estos informes, *vid* los reportes de las excavaciones de El Amarna de 1977, 1979 y 1980 realizados por Barry J. Kemp y publicados en JEA, Londres, LXIV, 1978; LXVII, 1980, y LXVIII, 1981.

⁶ Si bien la gran obra de Janssen da una respuesta plausible a muchos de ellos.

el *khar* una cantidad comparativa de grano. Cada una de estas unidades tenía sus correspondientes medidas fraccionarias.⁷ James, por su parte, con una actitud seria y apegada a sus fuentes, concluye: “Es atractivo observar que los antiguos egipcios habían desarrollado algún tipo de moneda en una época tan temprana como a mediados del segundo milenio a.C., pero la realidad es seguramente otra”. Y luego de apoyar las conclusiones de Janssen, dice que “...lo que es más seguro concluir es que los egipcios del Reino Nuevo no tuvieron una moneda o un sustituto de la misma, si bien estaban claramente en el límite de desarrollar algún tipo de moneda. El comercio ordinario en los pueblos y en el campo se basó en el trueque; en lugares donde la economía cotidiana estaba más altamente desarrollada, el metal —especialmente el cobre y la plata— fue añadido a los géneros patrón en los que se expresaron los valores en el sistema de trueque” (p. 261).

En cambio, la información que contiene el capítulo 3, “Justicia para todos”, y sobre todo la interpretación de la misma, parece descansar demasiado en un cierto idealismo común a algunos egiptólogos ingleses.⁸ En este capítulo no se discute el problema de la naturaleza de la ley egipcia ni el del origen de las cortes locales, sino que más bien se habla del funcionamiento de algunos de estos tribunales y sobre todo del ya conocido de Deir el-Medina. En relación con esto, podríamos preguntarnos sobre la validez de la expresión que da título al capítulo. ¿Existió realmente una justicia equitativa para todos los estratos de la sociedad egipcia? El autor parece basarse aquí excesivamente, y en contra de su propia crítica, en el testimonio de textos tales como las “Instrucciones del Vizir” o las “Instrucciones de Meri-ka-re”, o las “Quejas del hombre del pueblo” (según la expresión de T. Rohde) para justificar el título del capítulo. Podríamos preguntarnos si es posible conciliar la idea de justicia equilibrada con algo que el mismo autor menciona (p. 83), a saber, el temor constante del pueblo ante los abusos del poderoso, no sólo al momento del cobro de impuestos, sino en diversos aspectos de la vida diaria. No en vano, el bastón jugó un papel tan importante en la vida social y económica del país⁹ y el trabajo forzado —con los co-

⁷ *Op. cit.*, 102-108.

⁸ Cf. por ejemplo las hipótesis con relación a la construcción de las grandes pirámides del Reino Antiguo de W. M. Flinders Petrie, “On the mechanical methods of the ancient Egyptians”, en *Royal Institute of Great Britain and Ireland Journal*, Londres, XIII, 1884: 103.

⁹ Como menciona Jean Yoyotte, “Un corps de police de l’Egypte Pharaonique”, *Revue d’Egyptologie*, París, IX, 1952: 139-151.

responsdientes castigos contra los remisos— fue una de las bases de la vida económica del Egipto faraónico a lo largo de su historia. El mismo “hombre del pueblo”, citado por James como un ejemplo feliz de justicia, ¿no sufre en cierto momento una represión física? En efecto, en el relato mencionado se dice que el funcionario que lo escuchaba, “el hijo de Meru, Rensi, estaba en la entrada del edificio de administración. Luego él tenía dos guardias asistiéndolo. Entonces éstos golpearon todos sus miembros [del quejoso]...”¹⁰

Ante esto y los propios testimonios que presenta el autor (cf. pp. 86-87), podríamos dudar de la “justicia igual” para todos, a pesar de las “sinceras” declaraciones de buena conducta de los nobles registradas en la “confesión negativa” que los acompañaba al “Occidente”.¹¹

Creemos que la parte gráfica del texto es suficiente para ilustrar los comentarios e interpretaciones del autor, pero es mínima si se compara con textos tan ricos en este aspecto como los de Wilkinson, Erman o Montet. En cambio, la inclusión de fotografías que muestran escenas de la vida cotidiana actual del egipcio es de interés porque permite observar el paralelismo innegable (señalado por el autor, cf. pp. 208, 219) entre las formas de vida y trabajo de los egipcios antiguos con las de los egipcios contemporáneos, a pesar del tiempo transcurrido y de la historia misma. Este aspecto que a veces no se menciona, y que James procura destacar, es otro punto interesante de la obra reseñada aquí.¹²

En conclusión, el texto del autor inglés no presenta datos nuevos o inéditos, pero sí contiene algunas reflexiones de interés sobre la historia económica y social del Egipto antiguo. Es, entonces, una digna continuación dentro de la secuela marcada por las obras que mencionamos al principio (o la excelente de Janssen mencionada antes), y si bien, como decíamos, no profundiza sobre las condiciones de vida y trabajo de las masas de trabajadores egipcios ni sobre su participación —desde otros puntos de vista— en el desarrollo his-

¹⁰ Traducción de J. Wilson en James B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts. Relating to the Old Testament*, 3a. ed., Princeton, Princeton University Press, 1969, p. 409.

¹¹ *Ibid.*, 34-36.

¹² Si bien debe decirse que tal similitud ya había sido señalada por Adolf Erman (*Life in Ancient Egypt*, trad. de H. M. Tirad, intr. de Jon Manchip W., Nueva York, Dover Publications, 1971, p. 29), cuando menciona que el *fallāh* moderno se diferencia del antiguo tan sólo en que habla árabe y es musulmán. Según él, ello se debe a las condiciones geográficas del país; son las que han mantenido constantes las condiciones de vida de la población.

tórico de esta civilización, sin embargo, sí llama la atención sobre la conveniencia de estudiar la vida de estos grupos, que son los verdaderos constructores de la historia del Egipto faraónico y no solamente de los grandes testimonios materiales de la misma.

JOSÉ CARLOS CASTAÑEDA REYES

Karine Schomer y W. H. McLeod (comps.), *The Sants: Studies in a Devotional Tradition of India*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1987, 472 pp.

Este volumen es importante. En él se incluye mucho de lo mejor de la investigación académica reciente sobre la tradición religiosa de los llamados *sant*. El estímulo original del volumen fue un congreso sobre esta tradición celebrado en la Universidad de California, Berkeley, en 1978. Esto ayuda a explicar sus dos únicas limitaciones serias. Primero, dos o tres de los ensayos no fueron actualizados adecuadamente en el largo intervalo que separa el congreso de la publicación. Por otra parte, se han incluido varios nuevos ensayos no escritos para el congreso. Segundo, los estudiosos indios que trabajan en la India no están representados. Aparte de estas limitaciones, esta colección incluye tanto valiosos resúmenes del consenso actual de los estudiosos sobre cuestiones generales, como ensayos que de hecho representan revisiones clave de este consenso. Esta reseña pondrá énfasis en estos últimos.

Los *sant* eran los líderes de una corriente o tradición religiosa que surgió en Maharashtra en el siglo XIV con Namdev, y en Uttar Pradesh en el siglo XV con Kabir. Luego se extendió a una gran parte del norte de la India. A lo largo de este proceso, la tradición dio luz a un gran número de sectas (*sampraday* y *panth*), además de influir sobre el hinduismo popular de la región. Los movimientos sectarios más importantes eran el Kabir Panth, cuyos seguidores están ahora esparcidos por Uttar Pradesh, Bihar, Madhya Pradesh y Gujarat; el Dadu Panth, con sus seguidores ubicados principalmente en Rajastán; y, de mayor importancia en la actualidad, el Sikh Dharma, centrado en el Punjab, pero con muchos seguidores en las ciu-